

incluye el análisis de ilustraciones imágenes y glifos con sus trazos y significado, es decir el examen del formema o unidad semiológica estudio. Su lectura se completa con observaciones lingüísticas, filológicas e históricas, o sea, con el plano diacrónico tradicional, aunque repito, la esencia de su lectura es immanente, enfocada al análisis de las formas internas de significación.

Concluye él que el *Códice Boturini* entraña, en una configuración semiológica, una variante de la peregrinación de los aztecas" (p. 333), que está en directa relación con los tres manuscritos estudiados y que es posible recrear la existencia de un texto prototipo, un texto virtual, conservado en la oralidad y también en un libro pictórico (p. 457). Al pasar por el "embudo del alfabeto, la palabra y la imagen perdieron su funcionalidad" y lo que ahora tenemos es, simplemente, una reliquia" (458).

Al fin, el autor y sus lectores hemos encontrado la salida del laberinto y en verdad, en cada camino hemos enriquecido nuestro saber acerca de este documento emblemático de la historia de los mexicas. Pero como ya nos hemos hecho dédalos, no quedamos contentos con saber que sólo conocemos una "reliquia". ¿No será posible que el autor, como el famoso héroe ateniense, construya otro laberinto y nos invite a recorrerlo con él para encontrar el texto completo y verdadero?; creo que estamos dispuestos a un nuevo intento, aunque para ello tengamos que volver a recorrer la oralidad, la semiología, la lingüística, la historia, la filología, la codicología, el posmodernismo, y el deconstructivismo, mientras nos deslizamos por planos sincrónicos, diacrónicos y pancrónicos.

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Pilar Máynez, *El Calepino de Sahagún: un acercamiento*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, LII + 375 p.

Decía Joaquín García Icazbalceta en su famosa *Bibliografía mexicana del siglo XVI* que Sahagún era el escritor más difícil de nuestra literatura. Sin duda, así era en su tiempo y en parte lo sigue siendo, a pesar de que ya se han identificado prácticamente todos sus escritos. Pero aún es difícil porque su obra es extensa, inacabable. Prueba de ello es el libro debido a Pilar Máynez titulado *El Calepino de Sahagún: un acercamiento*. Al escoger este título, la autora reconoce y da crédito a Sahagún. No es un libro de Sahagún pero en él se recoge su pensamiento y lo

hace ella tomando como tema de estudio los préstamos nahuas que Sahagún explica en la columna en castellano del *Códice Florentino*. El libro es una muestra de que la palabra de Sahagún sigue viva, ahora en esta nueva forma de Calepino. De manera que tenemos que alegrarnos de que el rico corpus sahaduniano se enriquece de nuevo con el trabajo de una joven y destacada sahadunista.

¿Qué se puede decir de un libro como éste en el que se ofrecen al lector cientos de unidades léxicas cargadas de significado cultural? Se pueden decir muchas cosas, si bien lo principal está dicho en la "Introducción" de la autora y en el "Prólogo" de Miguel León-Portilla. Sin duda, destacan ellos lo más significativo del libro y su lugar dentro de la obra de Sahagún y en sí mismo, como investigación que responde a la lexicología y a la semántica de nuestro tiempo y que mucho sirve a la antropología cultural. En realidad, lo que ambos dicen merece un comentario, ya que sus palabras abren la puerta a la comprensión de este trabajo.

En su "Prólogo", Miguel León-Portilla recuerda los objetivos de Sahagún al hacer su magno trabajo sobre la historia de los pueblos nahuas y con el enfoque de valorar y analizar la lengua. Se centra en las palabras de fray Bernardino, quien decía que él no podía hacer un Calepino, "pues faltaba la escritura entre esta gente" pero que echó las bases para que otro lo hiciera. Presenta el libro de Pilar como "una suerte de cumplimento de lo que fray Bernardino dijo" (p. XIV). Afirma también que este trabajo es culminación de un proyecto que comenzó Pilar con su tesis de maestría, *Religión y magia. Un problema de transculturación lingüística en la obra de Bernardino de Sahagún*, publicado en 1989. Allí se concentró en dos campos semánticos, dice León-Portilla; en el Calepino, son muchos más; son todos los vocablos que Sahagún puso en la parte castellana de su *Historia general*. "Es un trabajo muestra de peculiar lexicografía, pues abarca un léxico referido a lo más íntimo y singular en el pensamiento y la expresión de una cultura".

La "Introducción" de Pilar nos adentra en la naturaleza del libro avisando al lector de que hablar del Calepino de Sahagún es hablar de un problema bibliográfico, ya que desde el siglo XVI, el magno trabajo de Sahagún se confundió con un corpus como el de Ambrosio Calepino. Para mostrar esta confusión hace ella un paseo académico por los biógrafos de Sahagún desde fray Gerónimo de Mendieta hasta Lucas Wadding, dando cuenta de lo que cada uno escribió, repitiendo casi siempre lo que había escrito el anterior, hasta identificar el Calepino con los doce cuerpos de libro de los que nos habla Mendieta, es decir, con la *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Para aclarar tal confusión, recuerda ella que el esquema inicial ideado por Bernardino era disponer la copiosa información de la *Historia* en tres columnas, la del centro en náhuatl, con su traducción al castellano a la izquierda y escolios a la derecha, tal y como aparece en una parte de su obra, la denominada *Memoriales con escolios* por Paso y Troncoso. Dado que los escolios se extraen del texto náhuatl, podemos imaginar el plan de Sahagún y la confusión con Calepino. Pero, dice ella, el corpus que aquí se presenta no es una prosecución de ese intento sino más bien un trabajo de estructurar lo que Bernardino llamó "red barredera" de todos los vocablos de la lengua náhuatl (p. XXXI).

Con estos antecedentes, el trabajo de Pilar Máñez es sin duda, como dice León-Portilla, "una suerte de cumplimiento de lo que fray Bernardino dijo". No fue fácil hacerlo, pues como ella misma señala, había que presentar la información seleccionada teniendo en cuenta los principios de la lexicología, de la semántica y de la antropología, lo cual planteaba el problema de que un mismo vocablo, en este caso semema, podía estar en varios campos conceptuales. Finalmente optó por presentar los vocablos conforme a un orden alfabético, método de validez eterna para una pronta búsqueda. Ahora bien, es un orden alfabético en el que están presentes recursos metodológicos con objeto de clasificar y presentar este copioso material de Sahagún en forma atrayente y fácil para el historiador, filólogo, lingüista y antropólogo. Es decir, la autora quiso plasmar en cada entrada una serie de datos de diversa índole para que el lector pueda llegar más allá de una simple traducción de vocablos y pueda recrear un contexto cultural. Cada vocablo tiene su propio espacio en el que lexicografía y semántica se armonizan. Además, y esto es muy importante, la significación de muchos vocablos se enriquece con traducciones extraídas de glosarios específicos de autores modernos.

También nos descubre la autora los recursos morfosintácticos empleados por fray Bernardino para definir lo desconocido, para traducir los conceptos de la nueva cultura a los hablantes de español, así como los fenómenos semánticos más frecuentes en la explicación de los objetos y conceptos indígenas. Otros comentarios más, relativos a la entrada de voces nahuas en el castellano y una valoración final del intento de Sahagún, son partes importantes de la "Introducción", cuya lectura es necesaria y enriquecedora.

En verdad, la "Introducción" nos lleva a más preguntas. Por ejemplo, ¿cómo y cuándo surgió en Sahagún la idea de elaborar un Calepino? Pues no lo sabemos y quizá nunca surgió, ya que él estuvo siempre dedicado a elaborar trabajos de índole religiosa y antropológica. Al final de su vida hizo un *Vocabulario trilingüe* que se conserva

manuscrito en la biblioteca Newberry. En rigor, esto sería lo más parecido a un Calepino. Pero ni él ni sus biógrafos se refieren a este *Vocabulario trilingüe* con el nombre de Calepino, como ya hemos visto. Unos y otros identifican el Calepino con la *Historia general de las cosas de Nueva España*. Y así lo dice fray Bernardino en el "Prólogo al sincero lector" de su *Historia*, "Prólogo" que abre la "Introducción" de Pilar Máñez.

Cuando esta obra se comenzo, comenzose a decir de los que supieron que se hazia un calepino... ciertamente fuera harto provechoso hazer una obra tan util como Ambrosio Calepino la hizo... Pero no a avido oportunidad.... Pero eche los fundamentos para qujen qujsiere, con facilidad lo pueda hazer, porque por mj industria se an scripto doze libros de lenguaje propio y natural desta lengua mexicana... donde hallarse han tambien en ella todas las maneras de hablar y todos los vocablos...

Queda claro que lo que Sahagún estaba haciendo era la *Historia general* en dos lenguas, la castellana y la mexicana. Pero, posiblemente, la empresa era tal, que, desde muy pronto, al llamarla Calepino, se buscó un nombre de impacto. Quizá fueron sus propios hermanos de Orden; quizá sus colaboradores, los trilingües. Seguramente alguno de ellos pensó que los doce libros de la *Historia* sólo eran comparables a una obra como la de Ambrosio Calepino. Porque lo que se hacía en el *scriptorium* de Tlatelolco era algo extraordinario, difícil de nombrar. Y además se hacía con prisa. Entre 1575 y 1578 el *scriptorium* trabajaba al máximo: el equipo de Sahagún iba y venía por las mesas y pupitres llenos de tinta, de plumas y de papeles, entre los cuales se contaba los borradores de la *Historia general*, los que hoy conforman los *Códices Matritenses*.

En realidad, la ocurrencia de llamarle Calepino, si bien no era adecuada, tampoco era una locura. El diccionario de Ambrosio Calepino había llegado a ser el mayor instrumento de intertraducción cultural en el siglo XVI y lo que se hacía en el *scriptorium* de Tlatelolco era también un enorme trabajo de intertraducción cultural entre dos lenguas y pensamientos esencialmente diferentes.

Ambrosio Calepino (1440-1511) saltó a la fama cuando en 1502 publicó su diccionario multilingüe en Regio con el título de *Cornucopiae*. En aquel momento, el Renacimiento salía de Italia y conquistaba Europa. Un diccionario tal, era el mejor camino para que los que se comunicaban en latín, entraran en las lenguas vernáculas europeas que ya empezaban a tener sus propios autores y textos.

Ambrosio Calepino murió ciego en 1511 pero su obra se fue enriqueciendo con más y más lenguas hasta llegar a once (Basilea 1590). El famoso editor veneciano Aldus Manutius sacó sesenta ediciones entre 1542 y 1583. Los hombres del Renacimiento y del Barroco, tanto los de la Reforma como los de la Contrarreforma circulaban con el *Calepino*. Con su ayuda se leían, se entendían y a veces, se contradecían. El *Calepino* abrió una senda lingüística en la Cristiandad.

En la Nueva España, la fama de Calepino no fue menor. Sabemos que para 1572 había dos ejemplares en la biblioteca de Santa Cruz de Tlatelolco, lo cual nos indica que era apreciado y consultado. Seguramente lo hubo en Tzintzuntzan pues sirvió de guía a Juan Bautista Bravo de Lagunas al redactar su *Arte y diccionario en la lengua de Michoacán*. Lagunas califica a su diccionario de "Diccionario", quizá pensando en el magno diccionario de su maestro Maturino Gilberti. Contiene sólo verbos y nombres verbales y avisa Lagunas, "en el orden y modo del Ambrosio Calepino... para más provecho de los estudiantes..." y dice también, "que se declaran las curiosidades y composturas de verbos y nombres verbales". En realidad lo que él hace es traducir cada vocablo del tarasco en un gran contexto lingüístico y cultural, lo mismo que hizo Sahagún con los términos nahuas y que hoy podemos apreciar gracias al trabajo de Pilar Máynez.

Ante todo esto cabe preguntarse si la palabra Calepino designó solamente un diccionario multilingüe, pues a mediados del XVI en la Nueva España no se había creado una infraestructura lingüística para un diccionario así; antes bien, en la naciente filología mesoamericana Calepino quizá designó un vocabulario bilingüe con una proyección que rebasa el léxico y penetra en la semántica, logrando así una dimensión histórica.

Si así fuere, el trabajo de Pilar es un verdadero *Calepino* en el que encontramos los conceptos correspondientes a lo humano, lo divino y las cosas de la naturaleza, que ella, en su "Introducción", agrupa en seis rubros conforma a los modernos campos semánticos. A partir de ahora, el nuevo *Calepino* es de uso obligado. No solamente porque en él encontramos definidos y traducidos muchos conceptos que no están en el *Vocabulario* de Molina, sino también porque están en un contexto, además de lingüístico, cultural, contexto que nos sumerge en el mundo mesoamericano: su geografía, su historia, sus dioses, sus fiestas, su sensibilidad.

En suma, el Calepino de Sahagún es nueva luz para el estudio del México antiguo, complemento imprescindible al *Vocabulario* de Molina. Felicidades Calepino por diseñar un instrumento, a Sahagún "por echar los fundamentos", y a Pilar por poner en nuestras manos

este documento y convertirlo en un libro necesario para la traducción intercultural.

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Hill, Jane H. y Kenneth Hill, *Hablando mexicano. La dinámica de una lengua sincrética en el centro de México*, México, CIESAS-INI, 1999.

Este libro fue publicado originalmente en 1986, es decir, hace más de una década. Sin embargo, sus contribuciones siguen siendo totalmente vigentes, aún cuando sea para despertar polémica. Basta con decir que se trata de la obra sociolingüística más completa de cualquier lengua mesoamericana con la que todavía contamos hasta la fecha. Por múltiples razones, la traducción nos tomó varios años, lo cual en ocasiones nos llevó a desalentarnos, a pensar que la obra se desactualizaría. Afortunadamente nos equivocamos.

Dado que un título intenta capturar el sentido global y lo esencial de cualquier trabajo, finalmente decidimos apegarnos lo más posible al título original, sin añadir ni cercenar nada. Por ello preferimos el gerundio al infinitivo. Así quedó *Hablando Mexicano. La Dinámica de una Lengua Sincrética en el Centro de México*. *Hablando* alude al contenido central de la obra, que concibe al habla como un proceso dinámico y cambiante, sensible no sólo a los contextos socioculturales en los que se enmarca su uso, sino al deseo expreso, que se manifiesta hacia el final del trabajo, de buscar estrategias que permitan darle continuidad a la lenguas y culturas mesoamericanas, en este caso a la mexicana.

Su actualidad radica en los numerosos aportes para la comprensión del dilema entre el mantenimiento o pérdida de una lengua indígena, el mexicano. Este libro ha sido objeto de numerosas reseñas en distintos medios. Por razones de espacio no puedo reseñar todos y cada uno de sus aciertos, con lo que además los privaría del placer fundamental de su lectura. Más bien, a partir de mi relectura de la traducción, discutiré algunos de los puntos que me parecen de las contribuciones más valiosas y sugerentes de la obra. Puede decirse que, en realidad, aunque no se enuncie así, el libro trata de la compleja dinámica que caracteriza a los conflictos sociolingüísticos.

La sociolingüística de los conflictos entre las lenguas indígenas y el español en México es una tentativa relativamente reciente de abordaje de la situación de las lenguas indígenas. Este enfoque ha estado abrumadoramente marcado y dominado por una perspectiva